

## **Desplazamientos y resistencia femenina durante la Guerra del Pacífico: Las memorias de Antonia Moreno de Cáceres**

Ruth Solarte González

En 1974, después de casi un siglo de anonimato, el libro *Recuerdos de la campaña de La Breña* sale a la luz pública.<sup>1</sup> La obra se cimenta en las memorias de doña Antonia Moreno de Cáceres. Esta señora revive escenas y episodios de su experiencia durante la Guerra del Pacífico (1879-1883), también conocida como la Guerra del guano, un conflicto territorial entre Perú, Bolivia y Chile. Doña Antonia vive la conflagración al lado de su esposo, el General Andrés Avelino Cáceres, líder militar de la campaña de La Breña. Las memorias de Moreno de Cáceres fueron transcritas por su hija Hortensia Cáceres de Porras, y más tarde editadas por Jossie Sison Porras de la Guerra, nieta de doña Antonia. La editora dice que estos manuscritos registran “otra campaña de conspiraciones en Lima,” de la cual se ocupó su abuela (8). En verdad, el relato de esta heroína peruana revela su patriotismo y resistencia contra los invasores chilenos. Doña Antonia explica que las hostilidades bélicas en Lima la obligaron a dejar la ciudad y a seguir la tropa liderada por su esposo. En ese sentido, el relato de Moreno de Cáceres revela que la guerra se convierte en un elemento circunstancial de resistencia y de viaje femenino. Las memorias de la heroína constituyen en sí un texto de corte feminista. La obra presenta, además un sesgo indigenista, debido a las referencias que la narradora hace sobre la agencia de las indígenas que operaron en la guerra. A partir de estos rasgos particulares de la obra, el presente ensayo estudiará las relaciones entre guerra y viaje. Propongo aquí que *Recuerdos de la campaña de La Breña* constituye un relato bélico y de viaje femenino, a través del cual doña Antonia reivindica su participación y la de las indígenas en la Guerra del Pacífico.

El presente ensayo traza dos enfoques de estudio. El primer eje se centra en la Guerra del guano, y en la participación de la narradora y de las indígenas en este conflicto. Este aspecto merece atención, puesto que la presencia femenina en esta guerra ha sido casi desapercibida por la historiografía. El segundo eje analiza el relato de Moreno de Cáceres como un texto que se puede insertar en el corpus literario femenino sobre viajes. Doña Antonia, con una mirada de etnógrafa, describe los paisajes andinos y las costumbres de los habitantes en los pueblos que ella recorre. A partir de estos dos ejes de estudio, el ensayo se dividirá en tres secciones. En el primer apartado, presento una breve síntesis sobre la Guerra del Pacífico, sus antecedentes y otras implicaciones históricas. En la

segunda parte, abordo el tema de la presencia de la mujer peruana en la guerra. En esta sección, me concentro en las observaciones de Moreno de Cáceres sobre el rol de las indígenas en la campaña bélica. Además, analizo las analogías y disimilitudes presentes en los perfiles de la narradora y de las indígenas en mención. Por último, estudio los elementos de la narración que constituyen un texto de viajes. En este apartado, examino cómo el relato de doña Antonia presenta ciertas características análogas a los escritos de viajeras europeas en América, identificadas por Mary Louise Pratt como “exploratrices sociales.”

### **La Guerra del Pacífico y la campaña de La Breña**

La Guerra del Pacífico es un asunto complejo que no pretendo abordar aquí en su totalidad; solo esbozaré una sinopsis, con el fin de contextualizar el relato de Moreno de Cáceres. Esta guerra se derivó de un conflicto diplomático entre Perú y Bolivia contra Chile. Las causas de este desacuerdo obedecieron a factores territoriales, económicos y políticos, los cuales se venían gestando desde mediados del siglo XIX. Entre el territorio chileno y el boliviano, existía una delimitación fronteriza irregular en la zona que bordea el océano Pacífico. John Mayo dice que el límite de estas dos tierras no estaba bien definido y que se localizaba en el desierto de Atacama. El autor afirma que, en un principio, esta inexactitud limítrofe no representó problema alguno para estas naciones, puesto que el desierto era un territorio infértil. Sin embargo, Mayo explica que los dos países cambiaron de opinión al descubrir que en el territorio existían depósitos de guano y salitre (72). Este hallazgo generó una tensión entre los gobiernos vecinos debido a que estos productos representaban altos dividendos para sus economías. En 1874, las dos patrias firmaron un tratado para definir sus correspondientes derechos sobre la explotación de salitre en esta zona (73).

En la región limítrofe mencionada se encuentra Antofagasta, zona que en ese entonces le pertenecía a la nación boliviana, y Taparaca, espacio geográfico que pertenecía al Perú. Las dos zonas contaban con depósitos productivos de guano y salitre, explotados legalmente por empresas chilenas y europeas. Estas compañías pagaban impuestos a Bolivia y a Perú. Posteriormente, la producción de guano en el Perú declinó, y el gobierno vio que el salitre sería el próximo producto rentable para la economía del país. En el año 1876, el presidente peruano, Manuel Pardo, decidió iniciar una política de expropiación legal de las empresas salitreras en su territorio (Bermúdez 337). Esta decisión provocó un deterioro en las relaciones con los vecinos chilenos. Luis Ortega nota que Bolivia estableció un impuesto a las empresas extranjeras en 1878. Esta tributación infringió los acuerdos de 1874, los cuales permitían una explosión colectiva de salitre y pactaban no incrementar los impuestos a la nación chilena durante 25 años. El incumplimiento de estos pactos desencadenó una ruptura total de las relaciones diplomáticas entre las dos naciones, desatando la lucha armada (43). El 5 de abril de 1879, el gobierno de Chile emprendió la guerra contra Perú y Bolivia. Según Ortega, el objetivo chileno era apoderarse de los territorios salitreros (51). Es así cómo estalla la Guerra del Pacífico.

De acuerdo con José Ugarte Díaz, la Guerra del guano generó una pugna interna dentro de la nación peruana. Este país se encontraba ya fragmentado desde los tiempos de la independencia. Ugarte Díaz observa que durante la guerra, muchos sectores de la población peruana se aliaron al ejército chileno (163). Moreno de Cáceres describe estas alianzas así: “La garitera me había prevenido que, en ese pueblo, el gobernador y el teniente gobernador, iqueños, paisanos míos, obedecían a las tropas invasoras [chilenas]” (14). La cita revela la división de la nación peruana en pleno conflicto. Ugarte Díaz dice que “todas las clases dirigentes estuvieron de acuerdo [...] en acordar la paz con el invasor. El único que no se mostró de acuerdo fue el General Andrés Avelino Cáceres [...] quien emprendió junto a sus montoneras una resistencia obstinada y sangrienta en las sierras andinas” (163). La autora destaca aquí la resistencia del General, quien enfiló en sus tropas guerrilleros indígenas y soldados oficiales. Estos escuadrones se adentraron en los Andes centrales, y lidiaron con el paisaje y el clima inhóspito para poder combatir a los chilenos. La serie de batallas libradas por Cáceres constituyen la Campaña de La Breña. Su nombre se debe al hecho de que fueron batallas peleadas en “las montañas o breñas” (Chávez et al 4). La campaña es rememorada y narrada por doña Antonia, quien fue fiel a esta causa patriótica y participó en ella dentro de sus posibilidades. Su relato permite ver cómo las mujeres peruanas, aunque restringidas por los parámetros sociales del siglo XIX, participaron resueltamente en estos conflictos políticos.

### **Las indígenas en la guerra y la militancia de Moreno de Cáceres**

La presencia femenina en los campamentos militares fue un rasgo común en diferentes lugares de Latinoamérica durante el siglo XIX. En Perú, se les conocía a estas mujeres como “rabonas.” Vanesa Miseres explica que las rabonas eran indígenas compañeras y colaboradoras de los soldados. Ellas preparaban alimentos para las tropas, cargaban armas, y se ubicaban en la parte trasera de la caravana (“Las últimas” 189). De acuerdo con esta descripción, las rabonas no participaron en los combates, pero su labor de apoyo hacía la guerra más vivible para los soldados. También colaboraban con tareas variadas y fortalecían a los combatientes emocionalmente. Según Miseres, “las rabonas llenan ‘el vacío familiar’ del soldado y eso contribuye a cierta solidez o estabilidad del cuerpo militar al evitar la desertión” (192). El hecho de que estas mujeres evitaran el retiro de los soldados indica que la labor de ellas contribuyó a que la lucha armada se mantuviese firme. Aquí, surge una paradoja respecto a la asociación tradicional de la mujer con la paz y el hogar, puesto que la rabona usa su rol de ama de casa para apoyar la guerra.<sup>2</sup> Ella traslada la estabilidad hogareña al campo de batalla para fortalecer al soldado y, por añadidura, también a la guerra.

Las rabonas quedaron inmortalizadas, entre otros registros, en los relatos de viajes de escritoras extranjeras. La autora peruano-francesa Flora Tristán visitó el Perú en un tiempo de guerras internas y de caudillaje, cuando Perú recién había logrado la independencia del yugo español (Miseres, “On a Republic” 31). Dadas estas circunstancias bélicas en el contexto peruano, las rabonas no pasaron desapercibidas frente a los ojos de Tristán. La autora describe a estas mujeres así:

Viven con los soldados, comen con ellos, se detienen donde ellos acampan, están expuestas a los mismos peligros y soportan aun mayores fatigas. Cuando el ejército está en marcha, es casi siempre del valor y de la intrepidez de estas mujeres que lo preceden de cuatro o cinco horas, de lo que depende su subsistencia. (367)

En esta cita, Tristán registra observaciones de corte feminista, que ponen en desventaja la figura del soldado frente a la imagen de la rabona. La autora reconoce la tenacidad de las indígenas y explica que estas mujeres pasaban mayores penurias que los soldados. A Tristán le asombra que las rabonas ejerzan la maternidad, pese a las circunstancias precarias de la guerra: “Cuando se piensa en que, además de llevar esta vida de penurias y peligros cumplen los deberes de la maternidad, se admira uno de que puedan resistir” (366). La autora resalta además la voluntad de servicio de estas mujeres, de la cual carecen sus pares, los soldados. Estos hombres preferían la muerte antes que la actividad bélica, dice Tristán: “Es digno de notar que, mientras el indio prefiere matarse antes de ser soldado, las mujeres indígenas abrazan esta vida voluntariamente y soportan las fatigas y afrontan los peligros con un valor que son incapaces los hombres de su raza” (367). Podemos ver que el relato de Tristán exalta la militancia de la rabona e incluso la superpone sobre la actividad bélica del soldado.

El arte pictórico también registra la presencia de las rabonas en la Guerra del Pacífico, tal como lo testimonia la obra *El repase* (1888), del pintor español Ramón Muñiz, radicado en Perú. La obra de Muñiz aparece cinco años después de finalizada la guerra, y la fecha de aparición de la pintura hace pensar que el artista se inspiró en la Guerra del Pacífico. Muñiz quiso plasmar en su lienzo las calamidades de este hito histórico. El título sintetiza lo que el primer plano de la obra presenta. Esto es, un militar chileno apuntando con una lanza a un soldado peruano que yace herido. El soldado chileno apunta con la intención de segarle la vida a su oponente. En la escena se halla una mujer, una rabona, cuya postura corporal indica que ella trata de detener al militar chileno para que no remate a su pareja. Esta obra también revela el arrojo de estas mujeres, pues en el cuadro es claro que la rabona no teme enfrentarse con el soldado chileno. La presencia de esta mujer en el campo de batalla permite ver su valentía.



Fig. 1. Muñiz, Ramón. *El repase*, 1888. Oleo. Museo histórico militar del Perú.

Al igual que Muñiz, Moreno de Cáceres también destaca a las indígenas que apoyan la labor militar en la guerra. Llama la atención que doña Antonia nunca usa el término “rabona” para referirse a estas mujeres. La narradora describe a las indígenas así: “Las indias del Perú [...] como compañeras de los soldados, seguían la campaña, prestando eficaces servicios de enfermeras o atendiendo al lavado de ropa y preparación del rancho (comida)” (35). Esta descripción coincide con varios elementos de la representación de la rabona, citados aquí anteriormente. Moreno de Cáceres alude al vínculo amoroso entre estas mujeres y los soldados, así como a su labor de acompañantes de la tropa. Doña Antonia también se refiere a la eficacia de estas indígenas en sus labores de enfermeras, cocineras y lavanderas dentro del campamento militar.

Moreno de Cáceres nota que estas indígenas realizan tareas de espionaje: “Entre éstas, había algunas muy inteligentes y listas: fingían no saber castellano, cuando iban al campamento chileno, hablando entre ellas solo en quechua, de manera que los enemigos no se cuidaban de ellas, y, mientras les vendían fruta, escuchaban todo lo que aquellos decían” (35-36). La narradora destaca la astucia de estas indígenas, quienes aprovechaban su bilingüismo para simular que no podían hablar español, y así recoger información útil para el General Cáceres. De hecho, la advertencia de una de ellas logra salvarle la vida al General: “‘Taita, cuídate. He oído a los chilenos que vendrá un italiano para matarte. Como creen que no hablo castellano, no hacen caso de mí’” (36).<sup>3</sup> El General confirma por otros medios que de verdad los chilenos planeaban enviar a un asesino para ultimarlos. Es gracias a la advertencia de esta mujer que el General enfrenta la situación y sale ileso. Las acciones de la informante evidencian que las indígenas no solo protegían la vida de sus compañeros sentimentales, sino que también resguardaban a los líderes militares. La labor de espionaje de las indígenas muestra el patriotismo, la fidelidad a su tropa y la causa militar que movía a estas mujeres.

Doña Antonia explica que las indígenas también exhibían su patriotismo a través de acciones que protegían a la pareja Cáceres. La narradora cuenta que se encontraba enferma con la necesidad de extraer leche de sus pechos. Frente a esta situación, una indígena le ofrece a su hijo para que lo amamante. Doña Antonia observa que la mujer, a pesar de haber sido prevenida sobre el posible contagio de su hijo, insiste en que lo alimente: “‘Primero es la vida de la mama grande, aunque mi hijo se muera’” (81). Moreno de Cáceres asocia la actitud sacrificada de esta mujer como un gesto fervoroso, así: “¡Cuánto culto patriótico, cuánto fanatismo idólatra les inspiraba el ‘tayta’ hasta ofrecer la vida de sus propios vástagos!” La exclamación de la narradora presenta un sincretismo de lo religioso y lo patriótico para referirse a la actitud de la mujer indígena. Doña Antonia usa la palabra “idólatra” para señalar la adoración del taita como deidad. La narradora ve en el ofrecimiento de ese hijo una ofrenda dirigida al taita o semidiós. Esta oblación remite, a la vez, a la causa patriótica. Cabe aclarar que, para los indígenas, el General Cáceres era un héroe que encarnaba al padre de la nación peruana; por ende, su esposa se convertía en la madre de todos los peruanos.

La autora enlaza el pensamiento patriótico indígena con una remembranza del pasado Inca así: “[los indígenas] sentían revivir en sus corazones el viejo orgullo de los legendarios hijos del sol y, así como en aquellas épocas ancestrales combatían



bravamente por su noble señor, se ofrecían en holocausto por la patria y por el ‘Tayta’ que era el alma de la ‘resistencia nacional’” (57). Esta cita explica la veneración de los indígenas hacia la pareja Cáceres. Parece aquí que doña Antonia busca conectar el pasado guerrero incaico con el presente de la nación peruana. Como a los indígenas se les ha atribuido la derrota en la Guerra del Pacífico, se podría afirmar que Moreno de Cáceres reivindica el valor guerrero del indígena y presenta otra versión sobre esta guerra, donde el soldado aborigen sale bien librado. Este gesto reivindicador del indígena nos permite ver que las memorias de doña Antonia esbozan una faceta indigenista en el texto. De esta manera, Moreno de Cáceres dialoga con escritoras peruanas, como Clorinda Matto de Turner, a quien también le inquietó el tema del indígena en el Perú.<sup>4</sup>

Cuando Moreno de Cáceres describe los roles hogareños y las labores de espionaje de las indígenas, la narradora interpreta estas actividades como algo propio de estas mujeres. Sin embargo, es posible encontrar ciertas similitudes entre la vida de doña Antonia y la de las indígenas en ese momento bélico. Cabe aclarar que la posición social de estas mujeres las diferencia marcadamente, aunque sus vivencias se asemejan en ciertas circunstancias. La narradora, como las indígenas, no contaba con un hogar estable. Algunas veces, doña Antonia se hospedaba en las casas de familias ilustres peruanas, pero en otras ocasiones no lo lograba, tal como lo narra ella: “La noche en que dormimos en pleno monte, fue terrible para mis nervios. No pegué los ojos temerosa que alguna serpiente u otro bicho nos hiciera daño” (104). Moreno de Cáceres dormía a la intemperie, y en la ausencia del General ella asumía sola la seguridad de sus hijas. Asimismo, la narradora ayunaba y pasaba en vela durante largas jornadas: “Había pasado horas sin reposar, casi sin alimento y sin agua en esos ardientes arenales, desde Huamey hasta Paramonga, donde volví a encontrar los medios de vida civilizada a que estaba acostumbrada” (106). Las penurias de Moreno de Cáceres son semejantes a las que sobrellevaban las indígenas en los campamentos. Miseres dice que “en las descripciones e imágenes del siglo XIX, las rabonas se identificaban recurrentemente con el sacrificio, el hambre y el sufrimiento” (“Las últimas” 191). Por otra parte, las experiencias de Moreno de Cáceres permiten ver que la guerra le proporciona a la mujer una nueva “zona de contacto.”<sup>5</sup> En esta zona, la narradora se conecta con diferentes formas de vida, sujetos y escenarios. Doña Antonia observa con una mirada etnográfica y describe las particularidades de esos contextos y experiencias. Estas descripciones dan origen a una suerte de relato de viajes paralelo a su narración de guerra. Dicho relato de viajes será analizado aquí posteriormente; permítaseme antes terminar el examen de la analogía que existe entre la figura de nuestra narradora y las rabonas.

Moreno de Cáceres comparte con las indígenas la experiencia de una maternidad sufrida. Las rabonas, tal como lo describe Flora Tristán, cumplían con roles maternos bajo circunstancias precarias (367). Así mismo, Moreno de Cáceres, en medio de trajines y de traslados, cuidaba de sus tres hijas pequeñas: Rosita Amelia, Lucila Hortensia y Zoila Aurora. Doña Antonia experimenta, además, un embarazo que no tuvo buen fin, tal como lo describe ella:

me vi obligada a dejar la ciudad, por consejo del médico y de la matrona, quienes me recomendaron un clima más cálido, porque estaba muy anémica y en peligro de tener un mal alumbramiento [...] Yo había prevenido que me tuviesen lista la prefectura para alojarme allí [...] Entonces vino al mundo un hermoso niño, muerto casi al nacer, cuyo alumbramiento me hizo sufrir cruelmente, poniendo en peligro mi vida. (80)

La autora señala que las agrestes condiciones que ella enfrentó fueron la causa del deterioro de su cuerpo, y la consecuente pérdida de su bebé: “tantas angustias durante la campaña, tantos trotes a caballo por cordilleras y cerros escarpados, tantas y tan fuertes impresiones cuando mi marido entraba a combatir, habían debilitado mi organismo, dando lugar a que el terrible lance se presentara en condiciones desastrosas” (80). A partir del relato de doña Antonia, es posible suponer que las rabonas también perdieron hijos en sus alumbramientos. Esta situación genera una paradoja, pues se ha dicho aquí que la rabona, al trasladar el hogar al campamento, adquiere un rol importante en la guerra. Sin embargo, la incidencia de las circunstancias inhóspitas sobre la pérdida de los hijos hace que se cuestione la compatibilidad de la mujer en el campo de batalla.

Aunque se han observado aquí varias similitudes entre las condiciones de vida de Moreno de Cáceres y las rabonas, hay otros rasgos que las diferencian drásticamente. Por ejemplo, el nivel educativo y la posición social influyen en la expresión individual de las mujeres. Moreno de Cáceres tiene autoridad suficiente para narrar su experiencia en la guerra y luego publicarla. En contraste, las vivencias de las indígenas son narradas por terceros, puesto que ellas no tienen acceso a la escritura ni gozan de la autoridad para publicar sus historias de vida. La clase social de donde estas mujeres provienen también incide en el tipo de militancia de cada una de ellas. A la narradora, su elevado estatus social le facilita la interacción con hombres del gobierno, quienes incluso consideran y acceden a sus peticiones. Doña Antonia convence a los gobernadores peruanos de que retiren su apoyo a los chilenos y se lo otorguen al General Cáceres. En Cocachacra, ella le recrimina al gobernador y al teniente su colaboración con las tropas chilenas, así: “El deber de ustedes [...] es seguirme al campamento de Cáceres, donde se lucha por el honor del Perú” (14). Las palabras de la narradora demuestran que ella habla desde cierto lugar de autoridad, pues prácticamente les ordena a los oficiales lo que deben hacer. Es posible inferir que Moreno de Cáceres se toma esas atribuciones por el lugar de poder que le concede el ser la esposa del General. La narradora continúa su relato así: “Ellos se disculparon y ofrecieron continuar conmigo e incorporarse al ejército del centro [...] ambos ‘convertidos,’ se condujeron muy bien y prestaron buenos servicios a las tropas del centro” (14). El cambio de decisión de estos hombres demuestra la habilidad persuasiva de doña Antonia. Además, podemos ver que ella contribuye con la causa patriótica reclutando hombres para las tropas del General.

En otro pasaje del texto, Doña Antonia describe su interacción con los hombres de gobierno para discutir y mediar asuntos políticos, así:

Yo llevaba, como he dicho la misión de servir de intermediaria entre [el presidente provisional] García Calderón y Cáceres, para pedir a este la adhesión al gobierno de aquél [...] no conseguí, a pesar de mis esfuerzos, que la reunión de jefes oficiales aceptase el reconocimiento del gobierno provisorio [...] Pero, más tarde, el 24 de enero de 1882, reconocieron por unanimidad dicho gobierno. (16-17)

La reunión de la narradora con los oficiales de gobierno es un hecho inusual para una mujer de su tiempo. A causa de la situación tumultuosa que se vivía, la sociedad peruana dictaba que las mujeres estuvieran encerradas en casa. Doña Antonia observa que “[l]as familias limeñas vivían a puerta cerrada. Las damas no asomaban a la calle: no se les veía en ninguna parte. A misa iban muy de madrugada, bien arrebozadas” (16). El encierro de las mujeres limeñas permite ver la intrépida y activa militancia de Moreno de Cáceres. La narradora, a pesar de esas restricciones, circulaba por la ciudad cumpliendo con sus labores conspiradoras de manera clandestina.

Asimismo, los recorridos de Moreno de Cáceres por la ciudad se convierten en una reminiscencia de “las tapadas limeñas,” descritas por Tristán así:

Todas las mujeres [...] usan [la saya] cualquiera que sea la clase social a que pertenezcan. Se la respeta y forma parte de las costumbres [...] cualquier mujer puede salir sola [...] se pone una saya vieja. Desplisada, rota [...] y un manto viejo [...] si se ha disfrazado, debe tener motivos importantes y por consiguiente nadie debe arrogarse el derecho de examinar sus actos. (495-497)

Al igual que las tapadas descritas aquí, Moreno de Cáceres utiliza su atuendo para esconder su identidad y la de sus hijas, para así esquivar a los soldados chilenos. Así lo narra ella:

Allí, seguíamos aún expuestos a tropezar con las rondas chilenas. Para despistarlas, pues, en caso de encuentro, había que [...] esconder las cabecitas rubias de mis hijas. Les quité las elegantes ‘pastoras’ y les envolví las cabezas en grandes pañuelos, al uso de las mujeres del pueblo. Yo [...] llevaba un sencillo vestido negro, y me arreboqué con una amplia manta negra de seda china. (28)

La narradora, de manera consciente o inconsciente, retoma de sus antecesoras limeñas la tradición de disfrazarse como una mujer humilde, para así poder transitar libremente por la ciudad con sus hijas.

Las subalternas de doña Antonia también aprovechaban su traje para pasar desapercibidas por los militares chilenos y transportar armamentos. La narradora alude a Gregoria, una de sus empleadas, así: “era ella la portadora de los fusiles y municiones que podíamos adquirir. Impávida, pasaba al lado de los policías chilenos, llevando, cada vez, dos rifles bien atados a la cintura, disimulados bajo sus largos vestidos y sosteniendo al brazo un



cesto de municiones, ocultas entre las legumbres” (22-23). Gregoria expresa que era consciente de los riesgos que implicaba su labor: “si me agarran los chilenos, me fusilan” (23). Esta declaración describe el inminente peligro que corrían todas estas mujeres durante la práctica de actividades insurgentes.

Moreno de Cáceres no relega todo el transporte de armas a sus subalternas. Ella coordinaba otras tareas de inteligencia para hacer llegar los armamentos al General Cáceres (18). Por ejemplo, la narradora planeó el transporte de un pequeño cañón. Doña Antonia llamó este plan una “macabra estratagema,” puesto que simuló el entierro de un oficial para poder sacar este artefacto de Lima: El cañón fue transportado en un ataúd. A pesar del riesgo corrido, Moreno de Cáceres cuenta esta anécdota de manera burlona. Ella supone lo que pensaban los oficiales que cargaban el cajón, así: “Seguramente, iban pensando que el querido ‘muerto’ resucitaría algún día lejano, entre las crestas de los Andes, lanzando con estrépito su voz vengadora” (19). Doña Antonia además expresa su satisfacción por haber burlado la vigilancia de los ejércitos chilenos en Lima.

Moreno de Cáceres explica que su sentir patriótico era demasiado fuerte, motivándola a enfrentar diferentes riesgos: “mi dignidad de peruana se sentía humillada, viviendo bajo la dominación del enemigo y decidí arriesgar mi vida, si era preciso, para ayudar a Cáceres a sacudir el oprobio que imponía el adversario” (19). Doña Antonia muestra un carácter intrépido, así como una convicción de que la causa que defendía era justa. Dice ella: “me entregué, con todo el ardor de mi alma apasionada, a la defensa de nuestra santa causa, dedicándome a la conspiración más tenaz y decidida contra las fuerzas de ocupación.” Moreno de Cáceres genera una auto-representación de heroína, comparable a las de las patriotas de la época de la independencia, quienes dieron su vida en la lucha por la libertad de sus naciones. Se podría afirmar que doña Antonia se erige a sí misma un monumento de heroína peruana en sus memorias escritas.

El rol de heroína y la militancia de Moreno de Cáceres en acciones conspiratorias propició que ella abandonara su papel doméstico, durante la guerra. Este rol casero se dictaba a todas las mujeres coterráneas de doña Antonia, tal como se explicó aquí anteriormente. Isabelle Tauzin-Castellanos dice que: “antes de la guerra se había fijado un nuevo ideal femenino para las elites [...] se recomendaba para la mujer el encierro con la familia” (166). En el caso de Moreno de Cáceres, vemos que este patrón de reclusión doméstica se revierte. La narradora abandona su casa y circula por la ciudad colaborando con su militancia. Más tarde, doña Antonia se mueve a las zonas rurales para seguir de cerca la tropa de su esposo. Curiosamente, la identidad de ama de casa camufla a la heroína y le permite conspirar fácilmente debido a que la sociedad no percibía a la mujer como un sujeto activo en la política o en la guerra.

Doña Antonia se ocupó de labores que son propias del mundo militar masculino. Entre estas actividades están el diálogo con líderes políticos, la recolección y la distribución de armas, y otras acciones ya referidas aquí anteriormente. Sin embargo, cuando la lucha armada terminó, la narradora abandonó estas tareas. Este cambio de ocupación demuestra que, durante los conflictos armados, los roles asignados al género femenino se alteran de manera temporal. Margaret y Patrice Higonnet dicen: “The radical changes for women

precipitated by war are understood to be mere interruptions of ‘normal’ gender relations. The nation calls upon women to change their roles only ‘for the duration’” (31). El estado de emergencia, o de excepcionalidad, durante la guerra, hace que los roles femeninos tradicionales se suspendan durante un espacio limitado de tiempo. Las mujeres asumen funciones que se alinean a las necesidades del momento bélico. En el caso de Moreno de Cáceres, la guerra le permitió a esta señora accederse a y transitar por contextos y lugares que, en otras circunstancias, ella no habría visitado. Durante esos traslados geográficos, doña Antonia reúne una serie de experiencias y observaciones que luego consigna en sus memorias escritas. Por esta razón, se puede afirmar que, paralelo al relato de guerra, surge una narración de viajes. Pablo Boetsch dice que “la literatura de viajes es un género mutable, que se solapa con otros géneros, conviviendo con ellos en una frontera de perpetuo movimiento” (49). El autor plantea que la literatura de viajes se entrelaza con otros géneros. A partir de este planteamiento de Boetsch, podemos decir que en las memorias de Moreno de Cáceres se entreteje un relato de guerra y uno de viajes, sin una frontera definida que los separe.

### **El relato de Moreno Cáceres, un relato de viajes en la guerra**

Doña Antonia abandona Lima y se adentra en la sierra, un lugar prácticamente desconocido para ella. La narradora incluye en su relato descripciones detalladas de los paisajes andinos y de las costumbres en los pueblos que ella recorre. Moreno de Cáceres narra su encuentro con otro mundo. De esta manera, el relato de doña Antonia hace eco de las narraciones de viajeras extranjeras que pisaron América, tales como Flora Tristán y Maria Callcott Graham. Los escritos de estas dos viajeras son objeto de estudio de Mary Louise Pratt, quien afirma que estas escritoras fueron pioneras que trazaron unos parámetros del relato de viajes de mujeres burguesas. Pratt denomina a estas escritoras “las exploratrices sociales” (155). El texto de Moreno de Cáceres presenta ciertas analogías con las obras y la figura de estas viajeras. Se puede afirmar que doña Antonia se convierte en una “exploratrix criolla” en la sierra peruana.

Pratt analiza ciertos elementos narrativos que caracterizan la figura y la escritura de Tristán y Graham. Aquí señalaré dichos componentes para examinar cómo las memorias de Moreno de Cáceres contienen un relato de viajes. Además, estos elementos permiten rastrear la conexión entre la figura de la narradora y el perfil de estas viajeras. Pratt dice: “Both women begin their accounts by taking up residence in an urban center (Graham in Valparaiso and Tristan in Arequipa). Though both do make lengthy inland journeys into the country or across it to other cities, it is this initial fixed positioning that organizes the narrative” (159). De acuerdo con la autora, Graham y Tristán residen en la ciudad y, a pesar de sus desplazamientos internos, la locación citadina organiza sus narrativas. En el caso de Moreno de Cáceres sucede algo similar: ella reside en Lima y comienza su narración describiendo su salida de la capital peruana así: “Teniendo la misión de ir a conferenciar con mi marido en su campamento militar establecido en el centro de la sierra, desde donde él había emprendido la resistencia nacional, me resolví a dejar la capital acompañada de mis amigos” (13). Esta ciudad se convierte en el punto de partida y retorno de la narradora a lo largo de su relato.

Mary Louise Pratt también observa que “las exploratrices” presentan un constante desplazamiento en sus narraciones:

Graham and Tristan depict themselves emerging to explore the world in circular expeditions that take them out into the public and new, then back to the familiar and enclosed. One version of this paradigm was of course the rounds of visiting so prominent in urban social life, for men and women. Both women moved in elite creole and expatriate circles. (160)

Según Pratt, los desplazamientos de Graham y Tristán son circulares; van de lo público a lo privado, y en estos recorridos ellas interactúan con la élite criolla americana. De manera similar, Moreno de Cáceres transita por ciudades, pueblos y zonas rurales y, a la vez, pernocta con familias de la élite peruana. Pratt dice: “Graham takes her readers to visit the governor, to have tea with her landlady, to call on educated women like the poet Mercedes Marín del Solar” (160). Al igual que Graham, doña Antonia también lleva al lector a visitar personajes del gobierno chileno (120). Claro está que estas visitas no son cordiales, sino más bien tensas por causa de la guerra. Por su parte, Tristán también muestra interés en asuntos bélicos peruanos, y recorre campamentos militares. De hecho, a partir de una de esas visitas, Tristán elabora su descripción de las rabonas, previamente citada. Así, a través de textos escritos, Tristán y Graham se autoproporcionan un espacio alterno al de los discursos oficiales, para así expresar su comprensión de los problemas políticos de su tiempo (Pratt 164), caso similar al de Moreno de Cáceres: en sus memorias, ella ofrece una visión femenina de la Guerra del Pacífico paralela al discurso historiográfico dominante.

Pratt nota que Tristán y Graham incluyen en sus relatos historias de mujeres que despliegan heroísmo y fuerza. Las escritoras también presentan mundos ideales de sujetos femeninos autónomos y empoderados. La autora identifica este tipo de representaciones como “feminotopias” (167). En el caso de Tristán, la “feminotopia” se halla en su descripción de las rabonas y las tapadas. Respecto a las segundas, la autora dice: “No hay ningún lugar sobre la tierra donde las mujeres sean más libres y ejerzan mayor imperio que en Lima” (490). Vemos aquí cómo presenta Tristán una alusión a la libertad de las tapadas. La “feminotopia” en el texto de Graham emerge con la descripción de un jardín paradisiaco. En este vergel, aparece una mujer anciana con sus hijas, quienes están rodeadas por un halo de paganismo, erotismo y hermandad (Pratt 16). Moreno de Cáceres construye también una suerte de “feminotopia” al describir el patriotismo, la valentía y la actitud laboriosa de las indígenas en los campamentos. La autora incluso recrea una “feminotopia” de sí misma, al autorepresentarse como mujer valiente y aguerrida. Llama la atención que Tristán, en el contexto peruano, recrea esas “feminotopias” a través de las rabonas y las tapadas. Estas mujeres, como se ha dicho aquí anteriormente, comparten ciertos rasgos con Moreno de Cáceres.

Otra caracterización de los textos de “las exploratrices” tiene que ver con el interés en los espacios domésticos. Pratt dice que las descripciones de recintos caseros tienen mayor presencia en los relatos de viajes femeninos que en textos producidos por hombres. En los segundos, difícilmente se encuentran alusiones al interior de las casas (159). Moreno

de Cáceres registra así varias referencias a residencias, donde los familiares de su esposo y las familias prestantes peruanas la hospedaban: “quedamos alojadas en la hermosa casa solariega de su tía, la señora Bernarda Piélagó, distinguida y acaudalada matrona dueña de haciendas y de la citada mansión, que ocupaba la calle Real, principal de la ciudad” (78). La narradora luego procede a describir la casa:

Era ésta muy bonita y alegre. Pasando la amplia entrada de la casa, se llegaba a un lindo jardín rodeado de verja de fierro forjado que circundaban vastos corredores, los cuales daban acceso a los salones, dormitorios y otras habitaciones. Al interior de la casa la puerta falsa era una entrada especial, por donde se recibían los rebaños de llamas, cargadas de los productos de las haciendas. (78)

En este pasaje, Moreno de Cáceres le da un paseo al lectorado por la casa de la tía de su esposo. Doña Antonia recorre la entrada, pasa por los cuartos interiores, y termina con las puertas por donde transitan los animales. Esta descripción de la narradora reafirma lo planteado por Pratt, respecto al interés de las viajeras por los espacios domésticos, y las descripciones detalladas de estas viviendas.

En relación con el lenguaje de “las exploratrices,” Pratt dice que Tristán y Graham optan por narrativas personales y discursos dramáticos asociados con la novela (162). El relato de Moreno de Cáceres es personal y, por momentos, matiza su narración con mini-relatos que contienen elementos novelescos:

Pudo florecer allí un idilio: Manuelito de La Torre, un simpático muchacho hijo mayor de la señora dueña del principal de la casa, había admirado [...] una sobrina de Rosita. Esta señora que era muy severa, como se acostumbraba entonces, ‘cortó por lo sano’ temiendo que la naciente simpatía de los muchachos fuese en aumento [...] así es que le prohibió que se acercase a la ventana tentadora. (24)

La breve historia de amor que Moreno de Cáceres recuenta contiene elementos de la novela sentimental hispanoamericana, popular en el siglo XIX.<sup>6</sup> El relato de nuestra narradora presenta una trágica historia romántica de dos jóvenes que experimentan un amor frustrado. Los obstáculos de este romance se remiten a las prohibiciones de la tía protectora de la muchacha, y el tiempo de guerra que impera. Doña Antonia continúa el relato así: “En vano, Manuelito vagaba por aquellos corredores con el alma en pena [...] él, decepcionado y lleno de amargura, se marchó a combatir al enemigo de su patria [...] Manuelito murió en campo de honor; y ella detrás de sus rejas le dedicaría sus pensamientos” (24-25). El final de la historia proyecta un tono dramático, donde el enamorado se representa como un héroe que muere por el amor y por la defensa de su patria. Vemos aquí una suerte de intertextualidad entre el relato de Moreno de Cáceres y la novela romántica que circulaba en sus tiempos.

Al comparar la experiencia de doña Antonia con las observaciones de Pratt sobre “las exploratrices,” podemos ver que existen ciertas analogías entre los relatos de las tres

autoras. Dichas similitudes permiten apreciar en el texto de la heroína un ángulo que encaja con la narrativa femenina de viajes. Cabe anotar que junto a estas analogías, el relato de doña Antonia presenta además una mirada etnográfica. La narradora describe parajes y paisajes que ella observa. Estas descripciones nos remiten a pensar que, a pesar de las vicisitudes de la guerra, Moreno de Cáceres saca el mejor provecho de las circunstancias para explorar territorios. Ella, con un ojo de etnógrafa, se deleita en los paisajes, conoce a personas, aprende sobre las costumbres de los pueblos, y observa las festividades populares.

Caroline Brettell afirma que los relatos de viajes alimentan los estudios etnográficos porque informan sobre las costumbres del pasado (133). El relato de Moreno de Cáceres abre una ventana para visualizar diferentes elementos etnográficos, geográficos e históricos del Perú del siglo XIX. Por ejemplo, la narradora hace varias alusiones a los paisajes: “La tropa había levantado sus blancas tiendas de campaña [...] se extendían por la quebrada [...] por los macizos de los Andes, en cuyas laderas las altivas y elegantes llamas eran conducidas por pastores indios y de pintorescos vestidos” (35). Aquí, doña Antonia no se limita solo a describir la instalación del campamento, sino que alude a las características del panorama circundante: los animales y los indígenas. La narradora continúa su relato así: “El ambiente se veía penetrado de una luz fina y pálida, como de una acuarela, completándolo el grupo bullicioso de las rubias chiquillas” (38). El lenguaje que usa Moreno de Cáceres evoca obras pictóricas; es como si ella describiera una pintura en cada paisaje que referencia. Sin embargo, no todas las descripciones de los paisajes son positivas. Doña Antonia dice: “la escabrosa serranía del Perú, con sus terroríficos desfiladeros y abismos, de cuyas profundidades no se vuelve más” (31). La narradora expresa aquí su temor ante los inhóspitos parajes que transita, y manifiesta no querer regresar allí.

Con su ojo de etnógrafa, Moreno de Cáceres observa los rasgos físicos de las personas que encuentra a su paso: “Las indias ayacuchanas tienen la piel más clara que las de otros lugares de la sierra y son de mejor tipo” (18). Como en esta cita, la narradora alude con frecuencia al color de la piel de las personas, y asocia el tono de la tez con la belleza de ellos. Brettell dice que los comentarios sobre la piel u otros atributos físicos de las personas, observadas por el viajero, provienen de sus prejuicios etnocentristas (133). En el caso de la narradora, los prejuicios provienen de su formación dentro de una clase social privilegiada. Moreno de Cáceres también presta atención a los atuendos de las personas: “Las indias pasaban, luciendo sus pintorescos trajes de colores fuertes, iban y venían” (33). En otro pasaje la narradora expresa que “[l]os vestidos de las mujeres del pueblo son originales: especie de túnicas azul oscuro, muy ceñidas al cuerpo, a modo de camisa ligeramente abierta en el cuello y el pecho. Alrededor del vestido llevan un delantal guarnecido de una franja de colores” (46). En estas citas, la autora se refiere a trajes típicos de las zonas que visita, y revela detalles sobre los vestuarios cotidianos de la población en ese tiempo. Doña Antonia presenta un paralelo entre el traje de las indígenas y las mujeres que habitan en los pueblos. Lo interesante es que alude a los dos tipos de trajes con admiración.



Otro foco de interés de Moreno de Cáceres son las fiestas y carnavales. En varios pasajes del relato, la narradora describe dichas celebraciones detalladamente y con cierta emotividad: “En Huancayo [...] se acercaban lindas comparsas de indios lujosamente vestidos; venían alrededor nuestro bailando, cantando y arrojando mixturas de fragantes pétalos sobre nuestras cabezas y sobre el suelo que pisábamos [...] algunos indios estaban disfrazados y enmascarados” (46). Aquí, doña Antonia recibe un homenaje de bienvenida que le ofrecen las personas del pueblo que visita. Ella muestra admiración por los disfraces de los indígenas y por el espectáculo como tal. En Ayacucho, Moreno de Cáceres asiste a “la fiesta de la cosecha,” invitada por la familia que la hospeda: “partidas de indios, hombres y mujeres, elegantemente engalanados venían corriendo desde cierta distancia hasta el sitio donde se amontonaba el trigo y donde nosotros estábamos. Entonces se realizaban las danzas y los cantos” (65). En la descripción de esta festividad, doña Antonia posa de nuevo sus ojos en los trajes y expresa una apreciación positiva de lo que observa.

En sus recorridos, Moreno de Cáceres también referencia a grupos humanos que habitan las zonas rurales como, por ejemplo, los “Morochucos”—un grupo de hombres vaqueros, diestros en la cabalgata, que presentan analogías con los gauchos argentinos. La narradora dice: “Estos jinetes se distinguían también por los originales caballos que montaban: pequeñitos, muy peludos y grandes corredores. Nadie los ganaba a galopar y era verdaderamente emocionante ver a estos caballeros, en sus veloces y diminutos corceles aureolados de sus legendarias proezas” (67). Aquí, doña Antonia expresa admiración y describe a estos hombres como héroes. En este encuentro con el otro, la narradora no mira a los Morochucos con desdén, sino con admiración.

Hasta aquí, se ha expuesto que las memorias de Moreno de Cáceres configuran un texto de un valor excepcional para las letras peruanas del siglo XIX. Tenemos aquí una mujer que informa sobre su activa participación y la de otras mujeres en la Guerra del Pacífico, hecho que la historiografía casi ha ignorado. El texto presenta una narración de guerra, y un relato paralelo de viajes. En el relato de guerra, la narradora describe la presencia de las indígenas en los campamentos y las actividades suyas que fortalecen a los miembros y líderes de las tropas peruanas. Así, las memorias de doña Antonia presentan una reivindicación de las indígenas que participaron en la Guerra del Pacífico. En ese sentido, el texto presenta un sesgo de literatura indigenista que podría dialogar con otras autoras como Clorinda Matto de Turner. Moreno de Cáceres detalla sus propias acciones conspiratorias, sus mediaciones con los gobiernos chilenos y peruanos, y sus estrategias para conseguir y transportar armamentos. De esta manera, la narradora se construye a sí misma un monumento literario alrededor de su figura como heroína patria. Doña Antonia describe sus desplazamientos en la sierra, y esta narración hace eco de los relatos de viajeras extranjeras por América. El texto de Moreno de Cáceres esboza también un relato de viajes en el cual ella se asemeja a “las exploratrices” referidas por Pratt. Con una mirada etnográfica, Moreno de Cáceres da cuenta de paisajes, grupos humanos, costumbres, y otras prácticas culturales presentes en los lugares que transita. La manera en que doña Antonia percibe, organiza y fusiona su entorno etnográfico con el momento histórico que vive, es lo que en sí la dirige a producir un texto con un carácter dual: de guerra y de viaje. En ese sentido, el texto de nuestra narradora muestra originalidad y se

---

aleja de los relatos historiográficos tradicionales. Doña Antonia incluso inserta elementos de la novela sentimental en su relato. Es así como las memorias de Moreno de Cáceres presentan además una pluralidad de géneros.

*University of Notre Dame*

---

### Notas

<sup>1</sup> Agradezco a Vanesa Miseres por haberme facilitado el texto de Moreno de Cáceres, durante su curso "Tracing Back Routes: Travel in Latin American Literature and Culture"; además, por su lectura y comentarios al presente ensayo.

<sup>2</sup> Según Yuval-Davis, "men have been constructed as naturally linked to warfare; women have been constructed as naturally linked to peace" (94).

<sup>3</sup> Los indígenas, en un gesto de cariño y respeto, llamaban al General Cáceres "taita," palabra del quechua que significa padre. A Antonia Moreno de Cáceres la llamaban "mama grande."

<sup>4</sup> Matto de Turner denuncia la situación de opresión en que vivía el indígena peruano en su novela *Aves sin nido* (1889). A esta obra se le atribuye la condición de ser precursora de la literatura indigenista peruana.

<sup>5</sup> Mary Louise Pratt propone el término "zonas de contacto" para pensar un espacio donde interactúan viajeros y visitados. Estos sujetos, en otro tiempo anterior, se identificaban como colonizadores y colonizados respectivamente. Por lo tanto, se habla aquí de relaciones asimétricas.

<sup>6</sup> Según Ramiro Esteban, en las novelas sentimentales hispanoamericanas el amor romántico experimentado por los personajes se ve frustrado por el deceso de uno de los personajes, tal como lo ilustra *María* (1867), de Jorge Isaac (93).

## Obras citadas

- Bermúdez, Oscar. *Historia del salitre desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*. Ediciones de la Universidad de Chile, 1963.
- Boetsch, Pablo. "La literatura de viajes y la mirada antropológica." *Boletín de literatura comparada 'literatura de viajes'*, vol. 28, 2003, pp. 49-62, [http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos\\_digitales/5094/05boetschlitcomp0305.pdf](http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/5094/05boetschlitcomp0305.pdf). Acceso 15 abril 2017.
- Brettell, Caroline. "Travel Literature, Ethnography, and Ethnohistory." *Ethnohistory*, vol. 33, no. 2, 1986, pp. 127-138.
- Chávez Valenzuela, Armando y Jorge Barrantes. *Historia del heroísmo de los pueblos del Mantaro: Campaña de la Breña*. Centros de Estudios Políticos del Perú, 1993.
- Esteban, Ramiro. "Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX." *Cuadernos del CILHA*, vol. 8, no. 9, 2007, pp. 79-97.
- Higonnet, Margaret y Patrice Higonnet. *Behind the Lines: Gender and the Two War Worlds*. Yale UP, 1987.
- Matto de Turner, Clorinda. *Aves sin nido*. Editora Continental, 2014.
- Mayo, John. "La compañía de salitres de Antofagasta y la Guerra del Pacífico." *Revista de historia UC*, vol. 14, 1979, pp. 71-102.
- Miseres, Vanesa. "Las últimas de la fila: Representación de las rabonas en la literatura y cultura visual decimonónica." *Revista de crítica literaria latinoamericana*, vol. 40, no. 80, 2014, pp. 187-206.
- . "On a Republic in Ruins: Flora Tristan's Peregrinations of a Pariah and the Role of the Rabonas in Nineteenth-Century Peru." *Review: Literature and Arts of the Americas*, vol. 45, no. 1, 2012, pp. 29-36.
- Moreno de Cáceres, Antonia. *Recuerdos de la campaña de La Breña*. Milla Batres S.A, 1974.
- Muñiz, Ramón. *El repase*. 1888, Museo histórico del Perú, Lima. *Historia del Perú*, <https://historiaperuana.pe/periodo-independiente/republica/guerra-peru-chile-del-pacifico/>. Acceso 10 mayo 2017.
- Ortega, Luis. "En torno a la Guerra del Pacífico: una visión desde la historia económica y social." *Asian Journal of History*, vol. 19, no. 4, 2006, pp. 27-58, <http://www.ajlas.org/v2006/paper/2006vol19no402.pdf>. Acceso 15 abril 2017.
- Sison Porras de la Guerra, Jossie. "Prólogo a las memorias de una heroína." Antonia Moreno Cáceres. *Recuerdos de la campaña de La Breña*. Milla Batres S.A, 1974.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Routledge, 1992.
- Tauzin-Castellanos, Isabelle. "La narrativa femenina en el Perú antes de la Guerra del Pacífico." *Revista de crítica literaria latinoamericana*, vol. 21, no. 42, 1995, pp. 161-187.
- Tristán, Flora. *Peregrinaciones de una paria*. Fondo Editorial UNMSM, 2003.
- Ugarte Díaz, José. "La Guerra del Pacífico como referente nacional y punto condicionante de las relaciones chileno-peruanas." *Revista de estudios fronterizos*, vol. 14, no. 2, 2014, pp. 159-185, <http://www.scielo.cl/pdf/ssa/v14n2/art07.pdf>. Acceso 10 abril 2017.
- Yuval-Davis, Nira. *Gender & Nation*. Sage Publications, 1997.